

**Seráfica, Venerable, Ilustre y Muy Antigua Archicofradía de
Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre,
Santo Cristo Verde y
Nuestra Señora de la San Vera Cruz**

**XII PREGON
DE LOS ESTUDIANTES**

**Por
El Hermano de la Archicofradía
José Escalante Jiménez**

El domingo 10 de marzo de 2002

**Real Monasterio de San Zoilo
-Iglesia de San Francisco-
A.M.G.D.**

El azar quiso que naciera una primavera de hace 41 años, a las espaldas del convento de San Francisco, lo primero que vieron mis ojos fue su soberana anea coronada de espinas.

Lo primero que sintieron mis oídos fue la quebrada voz de María Concepción, llamando a los fieles a la Eucaristía.

Desde la infancia ha existido una simbiosis entre el pregonero y este Real Monasterio, como olvidar aquellas largas tardes de invierno contemplando desde la ventana de mi habitación el bullicioso quehacer de tareas agrícolas en los viejos corralones de este convento.

Corralones en los que el imperativo de los tiempos convirtieron en modernas viviendas donde casualmente he morado hasta hace muy pocos años.

Aquí tuve la gloria de contraer matrimonio en la Santa Capilla de la Sangre.

He vivido he reído, he llorado y he rezado en el seno cofrade de los estudiantes, y hoy además tengo el honor de poder pregonar a mi Cristo Verde, mi Virgen de la Vera Cruz y al Nazareno de la Sangre, por ello tengo que rogar,

A ti Vera Cruz bendita
te pide este pregonero,
voz para decir, te quiero
para gritarte ¡bonita!
dale lo que necesita
para alabar tu grandeza
para cantar tu belleza,
voz para llamarte guapa
¡mil y mil veces guapa!
el pregonero te reza

Ilmo. Sr. Alcalde del Exmo. Ayuntamiento de Antequera, Sr. Hermano Mayor, Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías, Junta de Gobierno y Hermanos cofrades de esta Seráfica, Venerable, Ilustre y Muy Antigua Archicofradía de

Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre, Santo Cristo Verde y Nuestra Señora de la Santa Vera Cruz, amigos todos.

Hace algunos años nada me hubiera hecho pensar que sería pregonero, mucho menos que sería el pregonero de la cofradía de los estudiantes, pero menos aun que sería presentado por Ángel Guerrero.

Me explico, cuando yo conocí a mi presentador, este era un joven inquieto, sobrino del entonces Hermano Mayor de esta archicofradía, y al que sistemáticamente todas las noches de montaje de triduos, fiestas mayores y tronos, recogía su padre a altas horas de la madrugada, con clara expresión de enfado, ante la elección cofrade franciscana seráfica de su hijo, en vez de franciscana tercera, lo recuerdas Ángel.

Su tesón y trabajo lo convirtieron con el paso del tiempo en Hermano Mayor, dando un broche de oro a su labor cofrade en esta hermandad el pasado año al pregonar el Lunes Santo *"...María, Madre del amor comprometido en la entrega"* decías *"...Haz que arda mi corazón en el amor de Cristo, para que con él me complazca..."*.

Gracias Ángel por tus amables palabras.

Dar las gracias es obligación del pregonero, y sin duda hoy el agradecimiento, os puedo asegurar que alcanza su más alto grado, al no considerarme en absoluto merecedor de tan alto honor, el cual siempre ha sido reservado a insignes eruditos a poetas y afamados escritores o a antiguos Hermanos Mayores de esta archicofradía.

Yo no soy ni una cosa ni otra.

¿Cabe mayor osadía que pretender emular a mis antecesores, aunque tan solo sea inscribiendo mi nombre entre los que lo han sido?

Gracias doy al Hermano Mayor y a la Junta de Gobierno por su ofrecimiento, y pido más que nunca benevolencia a los que hoy me escucháis desde este pulpito cofrade, antequeranos y no antequeranos.

Benevolencia, por mi osadía, benevolencia por mis errores.

Para un cofrade es muy importante poder dar un pregón, más si ese pregón es el de su cofradía. El pregón es la procesión hecha palabra, es el sentir profundo del cofrade.

Y cada cofrade lleva en sí una Semana Santa distinta, que nos plantea la imposibilidad de una exacta exposición. Cada cofrade y yo lo soy, llevamos una Semana Santa gravada a fuego en el corazón, en las fibras más íntimas del ser.

No voy a intentar descubrir, nada nuevo, tan solo exponer sencillamente esa Semana Santa, ese Lunes Santo que vibra bajo mi piel, que corre por mis venas y pone a flor todos mis sentidos.

Vine a nacer en la cofradía de los estudiantes, un lluvioso Lunes Santo de hace ya, más de dos décadas. Me inicié como hermanaco del Cristo Verde, él siempre acoge al que llega.

Bajo su protección comencé el largo noviciado cofrade. Siempre me he sentido hermanaco desde ese momento, hoy sigo siéndolo.

Si ser hermanaco en Antequera es un lujo, ser hermanaco de los estudiantes es un auténtico privilegio.

La Semana Santa, nuestra Semana Santa es un conjunto de entrañables ritos y símbolos y en esta cofradía se hace más patente que en ninguna, más realidad, más cotidiano.

La cofradía de los estudiantes es una perfecta reconstrucción romántica de una hermandad en su máximo esplendor.

Es un conglomerado ordenado de estilos y gustos, perfectamente calibrado desde un manierismo preciosista a una isabelino insolente.

No todo siempre fue así, aun recuerdo emocionado cuando el maestro Montero Galvache cantaba al palio de estrellas de mi Virgen de la Vera Cruz.

Pero, las cofradías, mi cofradía son, es algo más que engalanadas formas sublimes, es la voluntad conjugada de sus cofrades estudiantes, es el reflejo vivo de esta Antequera barroca y cristiana es un encadenamiento sincronizado de intenciones voluntuosas, como una constante letanía que eclosiona en la noche del Lunes Santo.

Todo está conjugado en la hermandad de los estudiantes.

Su título es un medido resumen de su historia:

“Seráfica”, es un epíteto que recalca su indisoluble vinculación franciscana, el perenne ardor con que aman las cosas divinas, al igual que los espíritus bienaventurados.

“Venerable”, la virtud de la cofradía queda reconocida eclesiásticamente.

“Ilustre”, cuantos regidores, hijosdalgos se han honrado en pertenecer a lo largo de los siglos de nuestra cofradía, ellos son los valedores de este título.

“Muy Antigua”, implica derecho de precedencia, nos habla de la primitiva época de fundación, fue la primera penitencial de la Ciudad, por ello debe quedar reflejado en su título. Nada es al azar.

Sus tronos son un capricho del buen gusto, un modelo de media justa, perfecta, sincronizada. Un alarde pretencioso de paradigma artístico y de lección teológica.

O no es el trono del Cristo Verde, una auténtica definición filosófica de lo humano y lo divino, una purísima definición y concepción de los cánones manierista en todo su esplendor, un sueño de la gubia maestra de Antonio García Herrero, hecho realidad. Es un templo cofrade de pasión.

O quien puede contener la emoción o reprimir las lágrimas, cuando los armonizados ocho várales del trono del Cristo de la Sangre, acompañan rítmicamente, como un alma al cuerpo, el andar del Nazareno, en calle Encarnación, o en su triunfante entrada en calle Infante.

Es un arrogante modelo de belleza, un provocador acelerador de sentimientos.

Y si la perfección es una realidad en los tronos de Cristo, que termino emplearemos para describir la exuberancia del trono de la Vera Cruz, se puede reunir en tan pequeño espacio tanto delicado capricho, tanta elegancia, tanta ternura, tanto amor cofrade, desde la cartela hasta el angelito que sujeta el rosario, desde la corona, al burlón de las andas, hay algo que sobre. Todo es exultante, para apagar la pena de María. Todo es melodiosamente glorificante.

No puede ser de otra manera, es el altar andante de la Vera Cruz, es el Sacro Santo recinto que acoge a la Reina de San Francisco, a la que siempre escucha, a la que siempre acoge.

Que suspiro de amor contenido, que dulce amargura expectante, cuanta ternura rogante.

Ella es la fuerza viva, el soplo ardiente, de cuanto sueña, goza, piensa y siente, de cuanto canta y ríe, vibra y ama. Es la Madre es la Vera Cruz de Antequera.

La cofradía, antes de ser de estudiantes, se instituyó, para honrar y reverenciar la Santísima Cruz y Preciosísima Sangre de Nuestro Redentor Jesucristo. La Sangre de Cristo como símbolo de todas las virtualidades que purifican y regeneran.

El culto a las heridas del Salvador en la cruz, a las Cinco Llagas, que planteaba en sus Contemplaciones San Anselmo, y San Bernardo en su Pasión Sangrienta.

Las llagas son el camino místico hacia el amor, simbolizado por el corazón de Cristo.

Que bien las cantan sus letanías

Sangre de Cristo

fuerza de vida

fuerza de los mártires

fortaleza de los que peligran

Sangre de Cristo

alivio de los que sufren

consuelo en la aflicción

esperanza del pecador

Sangre de Cristo

paz de los corazones

vida eterna

precio de nuestra salvación

Sangre de Cristo

Ser hermano, de los estudiantes, es algo más que ser un cofrade, es una forma de vida, es una manera de entender y de ver el mundo que nos rodea.

Su espíritu escapa al ideal de reconstrucción romántica, que los cánones de los nacionalismos decimonónicos implantan.

Con un golpe de irracional radicalismo egocéntrico.

Como si no existiera nada más fuera de estos muros.

Os pondré un ejemplo, cuando yo hace ya muchos años, tuve la enorme dicha de conocer a mi mujer, la primera gran preocupación que me planteó fue ¿le gustará la Semana Santa?.

Mejor que no pensé, yo no la he visto en San Francisco, mira que si le gusta y es de otra cofradía.

Incomprensiblemente a ella la Semana Santa no le disgustaba, pero tan poco la exaltaba.

Afortunadamente su vinculación cofrade tan solo era meramente anecdótica por proximidad de morada.

Empezamos con buen pie pensé.

Y no me equivoque, hoy pasado el tiempo quien realmente está implicada con la cofradía es ella y además debo de sufrir con paciencia cartujana, he de confesarlo, sus constantes y animadas alusiones a la cofradía, siempre constructivas.

Su constante preocupación por ese taquillo de lotería que hay que vender.

Por que nunca falte ese tulipán amarillo en las fiestas de los titulares, siempre llena de amor y también por que no, sus más que justificadas recriminaciones,

ante mi impasibilidad por algunas actitudes o circunstancias. Te has pasado por San Francisco, vergüenza tenía que darte.

Llegando Semana Santa su única preocupación es preparar minuciosa y concienzudamente, guantes, bandas, insignias, trajes y ropa reglar, para que todo este perfecto para la gran ocasión para el esperado momento, para el Lunes Santo.

Sin duda con el tiempo se han cambiado las tornas.

Ojala nuestra pequeña luz, siga los ejemplares pasos maternos, con el mismo amor, tesón y fuerza.

Verdaderamente el pertenecer a la cofradía de los estudiantes, te hace especial, la hermandad lo es. Si todas las cofradías en Antequera tienen un algo especial y una nota de añeja distinción, mezclada con un mucho de añoranza y unas gotas de orgullo de identidad, esto se hace mas patente aun si cabe en nuestra hermandad.

En Antequera se comienza desde muy joven a participar en la Semana Santa y en las cofradías, quien no ha tenido su inicio portando esas filigranas de la miniatura cofrade que son los tronos chicos, tan frecuentes en mi juventud, y ahora felizmente rescatados por esta nuestra cofradía.

Si este fue para mi un buen comienzo, antes tuve su antesala, de la cual no guardo ningún recuerdo, pero si una foto que atestigua fehacientemente como con cinco años recibí mi bautismo cofrade acompañando a la Pollinica vestido de hebreo con túnica blanca y capuz de cola morado portando una enorme palma ayudado a sujetarla por mi madre, las madres siempre están donde se necesitan.

Luego fue inevitable salir de nazareno, de capirucho, primero con la Virgen de la Consolación, luego con la del Consuelo, la de la Paz y con la del Socorro, y por fin hermanaco, del Cristo Verde, y del Cristo de la Misericordia por una década. Aprendí los ritos que la fuerza de la costumbre popular a regalado a nuestra Semana Santa para darle esa patina de belleza única. El amarrar la almohadilla, el andar más que correr de la carrerilla, el profundo paso a paso de mi cofradía de los estudiantes.

El mecer sereno de la Virgen del Socorro por calle Infante. La levanta sublime con el desgarrador grito de arriba de Juan Sánchez, a su Cristo de la Columna, quinta esencia del Jueves Santo. Aprendí a lavar tulipas a colocar cera, montar palios:

nudo, tubo, nudo,

sufrió la mailla, y conocí la amistad profunda, que tan solo se puede lograr en el seno cofrade.

Y por supuesto corrí la vega, que cofrade que se diga serlo no ha corrido alguna vez la vega, con los Dolores, con la Paz o con el Socorro

Por primera vez la corrí, como hermanaco del Cristo de la Misericordia, ¿hay algo más antequerano en nuestra Semana Santa, que “las vegas”? La vega es un momento cumbre del desfile procesional, es un rito lleno de duende, algo muy difícil de olvidar, miras hacia la cumbre de la cuesta y ves una multitud apretujada, ruidosa que lo inunda todo, como fondo lejano, casi perdido en el murmullo el sonido de trompetas y tambores, que se entremezclan con los vítores de los hermanacos y del público, en el ambiente el duende, el duende de la Semana Santa de Antequera. El aire huele de otra forma, la sangre corre por las venas de una manera extraña, el corazón parece salirse del pecho, de

repente la música, esa música lejana, se hace más perceptible y acelera su ritmo, y se escucha un golpe seco y frío de campana, y los hermanacos, como si de un solo hombre se tratara, aprietan sus hombros contra las andas, empuñan sus horquillas y con paso firme y seguro, inician la carrera.

Pero esta es “la vega” de mi juventud cofrade. Han tenido que pasar algunos años para que el pregonero aprendiera una mágica noche lo que realmente es el correr la vega.

Algunos lo recordareis, fue hace dos años, con el fin del siglo y del milenio, la cofradía tuvo la suerte de conmemorar el quinto centenario de la instauración seráfica de los franciscanos de la observancia en nuestra ciudad, gracias a los cuales la cofradía tiene su ser. Para tal ocasión la Junta de Gobierno acordó una salida extraordinaria durante la Semana Santa. Se evocaría la estación penitencial original hasta el cerro del Infante a la ermita de la Vera Cruz. Lo que en un principio parecía algo simple, anecdótico y casi de un acto íntimo se convirtió de forma inesperada en una eclosión mística, en un momento irrepetible.

Todo fue único: el momento escogido, “la madrugada”, del Jueves Santo. La noche siempre tiene algo de mágico.

El templo de San Francisco a pesar de lo tardío de la hora se presentó lleno de antequeranos habidos de no perderse ese histórico acontecimiento, lejos aun de sospechar lo que la “madruga” nos iba a deparar.

El Nazareno, se presentaba, sin palio, arropado en su nueva túnica. Era una extraña visión, ya prácticamente nos habíamos olvidado de esos tiempos heroicos en que Nuestro Padre realizaba la estación penitencial en su trono, descubierto, nadie lo recordaba haberlo visto con túnica, sin embargo y he ahí lo extraño no resultaba insólito, como si fuera algo cotidiano.

La estación penitencial, el Vía Crucis, comenzó, envuelto en un sepulcral silencio, tan solo roto por el ronco sonido del tambor reglar. Poco a poco, se iban recorriendo las calles de la collación de San Pedro, ascendiendo lentamente al Cerro de la Vera Cruz.

Ante nuestros ojos se iba abriendo, una, para la mayoría, desconocida imagen de Antequera, como si de una ciudad desconocida y lejana en el tiempo se tratara. Su contorno nos aparecía dibujado fantasmalmente por las luces acarameladas, destacando sobre todo el conjunto la mole de la acrópolis, con el Papabellotas como mudo y lejano espectador, expectante ante la escena que contemplaba.

De pronto el cortejo se detiene, habíamos llegado a la zona más abrupta, al último tramo antes de poder coronar la cima del cerro.

Ante nosotros se presentaba una empinada cuesta y al fondo la ermita, el lugar de destino. El sonido de la campana marca la orden a los hermanacos que inician la ascensión, primero lentamente, luego casi de improviso, de una forma espontánea, el ritmo se acelera, y se marca una carrerilla, constante, es la única forma de ascender de llegar a la cumbre, de asomar a la vega, de ¡correr a la vega!

Todos los allí presentes lo comprendimos, fuimos protagonistas en esa mágica noche de correr la vega, como debieron de hacerlo nuestros ancestros, de asomar nuestra fe devocional a nuestros campos, para pedir fertilidad, para bendecirlos. El Nazareno vio nuevamente la vega y os puedo asegurar que su rostro pareció marcar una leve sonrisa serena, de felicidad contenida.

El Cristo de la Sangre estaba en el centro de la escena, intermediador entre la ciudad y los campos. Antequera, la ciudad, se abría en toda su plenitud rebosante de belleza, dejando adivinar sus plazuelas y estrechas calles, sus monumentales torres, a las que cantara José Antonio Muñoz Rojas, la ciudad que cautiva y enamora, ahora se ofrecía plena a los pies del Nazareno.

Toda la ciudad era como un bien puesto escenario para la incalculable belleza de su Cristo de la Sangre.

Parecía un asombroso poema en piedra

Luego fue el retorno, el regreso, serpenteando por las angostas calles del barrio de San Pedro, tan medidas, tan justas para el Nazareno, pareciera, que cuando la reina doña Juana y su hijo el emperador don Carlos mandaron que se trazaran sus calles y plazas a cordel para bien de los antequeranos, estaban pensando en la recortada belleza del Cristo de la Sangre deambulando por ellas para llevar el consuelo y la salvación a esta eterna ciudad de Antequera.

Todo el trabajo que desempeña la cofradía a lo largo del año, tiene un objeto, la salida procesional del Lunes Santo. Esta cofradía ha conseguido convertir el Lunes Santo antequerano en algo muy especial, lo ha dotado de alma propia.

El montar los tronos es un rito ceremonioso, donde cada objeto tiene su espacio y cada hermano su lugar, donde el detalle perfecto es el compromiso diario del hermano, todo tiene que estar dotado de hermosura y en su sitio, nada puede fallar, y nada se deja al azar.

Mirad algo tan simple como el adorno floral, se convierte en una dulce y ardorosa competencia de las camareras por superar a lo insuperable, por sorprender con la eclosión de belleza con que llenan mimosamente, centímetro a centímetro con claveles, rosas y alhelíes los tronos de nuestros titulares.

Siempre está la duda, que pondrá Puri, rojo sangre o rojo pasión.

Que filigrana ha pensado Isa, para la Reina, aroma o color.

y Mari Carmen rojo clavel o morado iris.

¿Será el tallo largo o será corto?,

¿tendrá la medida justa para acompañar el andar del Nazareno?

La flor no se puede colocar de cualquier manera tiene que acompasar al rítmico paso del hermanaco, y que bien lo saben estas nuestras camareras.

Luego esta la cera, la cera es algo fundamental en el mundo cofrade, es el símbolo de la vida misma, que el cofrade extingue en honor de Dios prefigurando la vida eterna.

Siempre la vida eterna.

La cera es la salvación. El deseo humano de la pervivencia. El punto de unión con la divinidad.

Y la cera se quema en San Zoilo, para el Cristo de la Sangre, verde como la esperanza.

En los hachones del Cristo Verde y por supuesto para Nuestra Señora, blanca pura. La cera es la que la ilumina, es la ofrenda cofrade.

La mañana del Domingo de Ramos es una antesala gloriosa de la hermandad, es la bulla siempre eterna de engalanar hasta el último detalle a los titulares.

Existe, hay un olor peculiar en San Francisco, los Domingos de Ramos, el incienso quemado con la alegría siempre eterna de Francisco Gutiérrez, se entremezcla, con el frescor de la hierba, del vegetal recién cortado que se une a los tronos para engrandecer su misericordia redentiva.

Todo en San Francisco en las mañanas de los Domingos de Ramos tiene un sentido especial, están preparando el gran momento, esa quita esencia cofrade.

La hermandad y sus titulares tienen que estar listos al anochecer, todo tiene que estar preparado para cuando, María Concepción, anuncie puntualmente en la madrugada del Domingo de Ramos a Cabildo, será entonces cuando comience el Lunes Santo.

Todo un rito, toda una realidad cofrade. Si algún momento sublime tiene nuestra cofradía de reafirmación, este sin duda es el Cabildo reglar de la madrugada. Aquí comienza el Lunes Santo, aquí empieza la autentica realidad de la cofradía de los estudiantes.

Mirad, esta cofradía, tiene la costumbre centenaria, de unirse en cabildo en la madrugada de su estación penitencial. Es un momento sublime, imposible de describir, a los no iniciados.

San Francisco se presenta en penumbras, iluminado con la luz redentiva y salvadora de la cera reglar.

No existe el tiempo, existe el momento cofrade.

Es algo intimista, personal, irrepetible. María de la Vera Cruz, mira engalanada desde su triunfo, Jesús, a diestra y siniestra observa con Esperaza y con la fuerza de la vida, a los hermanos en el centro del templo.

Allí se pedirán perdón en abrazo más que fraternal, cofrade, hay un acto mas sublime al ser humano que pedir públicamente perdón y perdonar a quien te ofende. Solo esto puede suceder en la cofradía de los estudiantes.

Solamente en la cofradía de los estudiantes, el hermano mayor entrega el mando y la responsabilidad de la cofradía a su mayordomo, y hace participes del compromiso cofrade a todos los hermanos. No se puede comprender el Lunes Santo, sin conocer la madrugada del Domingo de Ramos.

Allí la oración se hace copla.

Es la antesala del triunfo glorioso cofrade.

Luego, vendrá la calma, la placida mañana, del goce deleitoso de los sentidos, del amarrar la almohadilla, del recuerdo hermanaco de la mailla, de la levanta, de la lagrima del hermano o del sentir quiero del quebrado quejido de la corneta al andar el Cristo o la Virgen, del abrazo, del recuerdo, y la alegría del encuentro.

Es un paréntesis de éxtasis en la vida del hermanaco, es un tiempo que no cuenta, es un espacio de gloria hermanaca. Todo en la vida tiene su tiempo, y el hermanaco estudiante lo tiene en la mañana del Lunes Santo.

La Eucaristía echará el telón a esta escena y dará pie al gran momento al desfile procesional.

La salida de la hermandad es la quinta esencia cofrade, se trabaja todo el año para ello, con esmero con dedicación, con esperanza. Con autentica ansiedad se espera la hora mágica en la que los tronos comiencen su visita anual a la ciudad.

Primero será el desfile de la armadilla, ancestral ceremonial, rememoración del agasajo que los mayordomos dispensaban a los hermanacos, para reconfortarles, ante el esfuerzo que se les avecinaba. A su paso se anuncia a los antequeranos, que la salida está próxima, que se apresten raudos a las puertas del viejo convento. Habrá algo tan nuestro como el desfile de la armadilla.

Por fin las puertas del templo se abren y ante nuestros ojos se ven los tronos de los titulares, al fondo presidiendo, siempre la Madre que espera, a los lados la Salvación.

No os habéis fijado María de la Vera Cruz, siempre parece esperar.

El cortejo se va adentrando en las entrañas de San Francisco y cada hermanaco presidido de su hermano mayor se va posicionando en las andas cada uno en su puesto, a lo lejos fuera, se escuchan como un rumor los tambores y clarines, en el interior, una neblina lo cubre todo, un murmullo mudo inunda cada rincón.

A los no iniciados la Semana Santa y probablemente las cofradías, les suene todas iguales, tal vez, la distinción tan solo la observen en esas cosas tan patentes como que en Sevilla son costaleros y en Málaga se porta con los hombros.

Lógicamente, estará también quien disfrute en general con todo el conjunto, con toda la armonía barroca que supone para los sentidos las cofradías.

Pero seguro que nadie, absolutamente nadie ve la Semana Santa con los mismos ojos, y por supuesto con indiferencia.

Incluso nosotros los miembros de una misma cofradía, tenemos nuestras preferencias y amores, hay quien le tira más el Cristo Verde, hay quien pierde la cabeza con la Vera Cruz, a otros su devoción les inclina por el Nazareno de la Sangre.

Y dentro de este intimista mundo, quien no ha hecho una mueca de disgusto por que los pliegues del rostrillo este año tienen un algo, o el pañuelo no queda bien, o el tallo de ese clavel es demasiado largo o corto.

A unos les gusta ver la salida de los tronos, a otros observar el ordenado paso de la hermandad desde un bacón, para otros será la acera de la calle, donde se podrá sentir el duende cofrade.

Para mí, he de confesarlo existen unos momentos irrepetibles, que se graban como a fuego en el corazón y en el recuerdo.

Tal vez juegue con la ventaja que te ofrece el ser una pieza del mecanismo, un hermanaco, que puede sentir, vivir, y ver lo que para otros está vetado.

Pero cuando por circunstancias, siempre ajenas a mi voluntad, no he podido o no me han dejado ser hermanaco, he tratado de buscar, esas imágenes únicas esos momentos de intimidad espiritual que tan genuina y generosamente nos reporta y regala nuestra cofradía.

Hay momento más sublime que cuando en el interior de este templo, de repente suena el tintineo continuo e insistente de una campana y se hace ese silencio denso y expectante, que nos anuncia el comienzo, el momento esperado, ese silencio que de repente, se ve quebrado por los subes y melódicos acordes del Gaudeamus Igitur, que entona la capilla musical mientras despega hacia la calle el Cristo Verde, para abrazar a Antequera, su rostro en ese momento inspira dolor y compasión infinita.

Luego vendrá un momento de éxtasis místico, cuando en una suave y casi llorosa mecida, el Cristo de la Sangre, sigue la estela de la luz. Todo es un suspiro, una quietud, un silencio profundo, tan solo roto por el latir de los corazones, por el melódico y cadencioso arrastrar del hermanaco, el Nazareno surge como nos lo describe el evangelio de San Juan “ y cargandose con la cruz salió”

Antequera, ha interpretado este primer momento en que acepta, en que toma la cruz par iniciar el camino con nuestro Cristo de la Sangre.

El Nazareno fijaos la abraza con ternura como instrumento de su sacrificio redentor. Y esto más que nunca se vive en este momento, en que sigue la estela del Cristo Verde, a la luz, a la calle a Antequera.

No hay un solo momento, no hay un solo gesto, en esta cofradía, que no despierte los sentidos, que no llame a las profunda emoción, que no inunde nuestros corazones de sentimiento.

A caso habéis visto algo más bello alguna vez, cuando en la plazuela de San Zoilo inundada de de apretujada muchedumbre expectante, se escucha sobre el murmullo la voz del hermano mayor gritando arriba, Y muy lentamente la Vera Cruz, se va elevando al cielo, surgiendo entre la multitud, entre vítores e incontenibles lagrimas, acompasando el palio a diestra y siniestra, el paso firme de sus hermanacos, euforia, alegría, piedad, recuerdos, in contenidos sollozos, es una eclosión emocional de sentimientos, es la Vera Cruz.

Madre soñada

Madre de vida

soneto melodioso

canto a la vida

gloria eterna

amor cofrade

Vera Cruz

Siempre

Vera Cruz

Siempre redentora

En San Zoilo nació una flor

Blanca y de fragante aroma

Que a su barrio dio esplendor

Y que lleva en su corola

La Esperanza y el amor.

(adaptación de Luis Ortiz Muñoz)

La cofradía antes de iniciar su entrada en la carrera oficial, deberá antes ascender por calle Encarnación. ¿Es el primer esfuerzo?, no tan solo un glorioso espasmo místico.

Como poder transmitir la contenido emoción del sonido acompasado de la corneta, marcando el tiempo, el ritmo, pausadamente lento, que obligan al hermanaco a arrastrar sus pies más que a andar, hay que ser hermanaco de la Sangre para poder entenderlo, mirad hay un momento que no tiene tiempo, en el que existe un contacto espiritual con el Nazareno, miras hacia arriba y ves el rostro del Cristo de la Sangre, moviéndose en lo quieto, avanzando sin avanzar, andando sin andar.

La calle es del Nazareno. A lo lejos la obscura celosía de la clausura del convento de la Encarnación, deja oír la mirada oculta de las carmelitas.

Los clarines aceleran la marcha y de repente el Nazareno aviva el paso, majestuosamente, las varas del palio parecen romperse, y se puede oír el chasquido del revolotear de las alas de los Ángeles que alivian el peso de la cruz, es una ascensión triunfante.

El hermanaco mete el hombro para sentir así la cruz, sin dolor, para llegar a la luz. Siempre a la luz.

Luego todo es un lujo para los sentidos.

Un intachable modelo de desfile cofrade a lo largo de calle Infante, la cofradía tiene que cumplir con una visita, tiene que saludar a la Patrona de Antequera, a Nuestra Señora de los Remedios.

Luego el fin se aproxima, ya no se va, se retorna, el paso se hace lento y meloso.

La bulla, es un termino lleno de música y significación en el mundo cofrade sevillano, es el arropamiento de las imágenes terminada la carrera oficial, es cuando el pueblo, el anónimo pueblo se acerca a su virgen o a su cristo para tocarlo y verlo de cerca, para acompañarlo a su templo o para retrasar esa llegada.

La bulla es la otra Semana Santa, la de la saeta a pie de calle, la de la Virgen dialogante, la que cambia el rosario por el piropo.

Allí son las bullas, aquí son los encuentros, los que nos romperán la sobriedad del orden reglar. Y que bien sabe vivirlo eso nuestra cofradía.

El encuentro es un momento intimista, es una rotura de la norma, es una oculta voluntad popular de impedir lo irremediable, el fin, nadie quiere que se alcance el templo, nadie quiere que se llegue al adiós, un año es mucho tiempo, la despedida se busca lenta, pausada como el andar de los tronos.

En nuestra cofradía todo comienza cuando llegas a calle Duranes, allí la rigidez de la escenografía barroca se rompe, el ambiente es el propicio. Fijaos a lo lejos se dibuja, recta como dividiendo el tiempo, el cielo y la tierra, la espadaña de San Francisco delante abriendo el paso el estandarte y los roncós tambores, la cera de la salvación casi consumida, apretuja a los hermanos de luz, primero el Nazareno de la Sangre con paso corto y arrogante, sintiendo al clarín, llenando con el palio la calle cadenciosamente como una fluida sinfonía para los sentidos.

Por la calle lejana, pausado
viene el Nazareno,
la frente erguida, la cruz a la espalda
la mirada vítrea clavada en el cielo.
Sólo al contemplarlo
se cuaja la sangre en el pecho;
no mira, y sus ojos traspasan el alma;
no exhala una queja,
y en el alma se clava su acento.
Su aspecto terrible
el valor paraliza en los nervios
y agujas de nieve
saetean de espanto los huesos.
Diego de Vega a su gran escultura
transmitióle un poder tan tremendo
que al mirarla, las víboras quietas
del pecado sacuden su sueño
y revueltas el pecho estremecen,
la conciencia acosando y mordiendo.
Lenta camina la cofradía
los estudiantes van en silencio

las imágenes conducen
sin rumores, sin cantos, ni ecos.
Como luna debajo de un lago,
cual figura detrás de un espejo,
se mueven las luces y avanzan y avanzan,
borrándose a veces al soplo del viento.
La túnica estofada
el cingulo de oro colgado del cuerpo,
el cabello mezclado de espinas
de plata y oro
y la sangre saltando y corriendo,
a la luz amarilla resaltan
con los trazos terribles de un sueño,
y el séquito mudo camina, camina,
como hilera de vagos espectros.
Borrones confusos
que la noche dibuja a lo lejos,
los demás nazarenos deslizan
sus ropajes negros y luengos,
tan leves y largos
que así de la niebla los pálidos velos
suben la montaña
arrastran sus pliegues aéreos.
A los lados las rejas se abren
llenas de semblantes y de ojos despiertos,
que en la noche aguardaron las horas
del hondo misterio
para ver el callado desfile
venir desplegando sus círculos lentos
La luna ríela
sin rumor en el líquido inquieto
que copia las flores del fresco naranjo
en el trémulo azul de su seno.
La gente se agrupa
para ver en las calles el séquito,
y baja los ojos, que, humildes, no pueden
resistir los del gran Nazareno.
El áureo incensario
sus ascuas meciendo,
raya la penumbra
con líneas de fuego,
ya los aires arroja la nube
de místico incienso,
que a la luz de los cirios parece
la escala en que suben plegarias y rezos.
Nada turba la noche; ni cantos, ni sentidas saetas del pueblo,
Solo sentidas músicas,
y tambores discordes y huecos:
volterianas palomas tan solo,
en las azoteas orladas de tiestos,

a veces transmiten su arrullo de idilio
como un largo y ronco murmullo de besos;
pero pronto vuelve
a reinar el augusto silencio.
Las colas se arrastran;
los pasos son lentos;
con terrible fatiga la imagen
pasa bajo el tronco del sacro madero;
y cuando, de espalda
imponente se pierde a lo lejos,
las despiertas víboras
del pecado retornan al sueño,
y en el fondo de sombras del alma
se enroscan, y quedan tranquilas de nuevo
cuando pasa el Cristo de la Sangre, el Nazareno.

(adaptación de Salvador Rueda)

Luego el silencio el Cristo Verde, siempre sereno, la esperanza tiene que serlo,
inundando con su paz, os habeis fijado en su melodioso y exacto andar, en su
perfecta sincronización.

Cristo Verde
Cristo redentor
Cristo amor
esperanza y salvación
Cristo Verde
vida y salvación
tus estudiantes te rezan
una oración
en la noche del Lunes Santo
vida eterna
primavera eterna
Cristo Verde
Cristo de Salvación

Por fin aparece Nuestra Señora, marcial majestuosa. Como una aparición
celestial, desbordando aroma, luz, repartiendo gracia.

A mí me gustar verla debajo del balcón de Paco Pérez, para recoger la lluvia de
pétalos de rosa con que anualmente la recibe.

Cristo Verde y Nazareno, tendrán su primer encuentro, luego solo que esperar
a la Vera Cruz, que llegará plena, triunfante, con paso largo, como si tuviera
prisa por ver al hijo, apretujada por la fe cofrade. Luego los tres tronos se
fundirán en un fraternal abrazo interminable, los palios danzaran a babor y a
estribor.

Pronta esta la despedida, las puertas de San Francisco se abren y ante nuestro
ojos, el compás se ofrece pleno de apretujados cofrades y antequeranos, que

corren veloces hacia el interior del templo hay que buscar el mejor sitio para ver la llegada y dar la despedida.

La despedida es el triunfo cofrade, se alcanza el éxtasis místico que pregonaba Santa Teresa de Jesús, si profundo es el Lunes Santo, si exquisitamente perfecto es el desfile y la escenificación, si todo responde a un tridentino deseo de fe.

La despedida es la gloria cofrade, el frenesí. María de la Vera Cruz vuelve a presidir, el Cristo Verde aguarda.

San Francisco, es un hervidero incomensurable de gentio y entonces aparece el Cristo de la Sangre, en sereno equilibrio, avanzando lentamente entre piropos de oro a la Vera Cruz y sonos de clarín roto, girando lentamente con el hombro roto hasta el altar al adiós.

Esta es la grandeza del Lunes Santo, este es el sentir quieto de este pregonero.

He dicho.